

L'ESTEL. 50 ANIVERSARIO

INTRODUCCIÓN

«El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres» (#).

Estamos de celebración. No para presumir de grandes realizaciones nuestras durante los 50 años del campamento, sino para agradecer las cosas grandes que durante estos años el Señor ha hecho en favor nuestro.

Aquí hay niños de los primeros años de campamento que hoy, ya abuelos, están acompañados de sus hijos y nietos. Y esto es una cosa grande. Hay también gente de Lleida y sus pueblos, de Catalunya y Aragón, Valencia y Alicante, Albacete-Murcia, La Mancha, Andalucía, Madrid y otras partes de España, y también de Colombia, Venezuela, Ecuador... incluso de Ucrania. También esto es una cosa grande. Tres generaciones, un buen grupo de pueblos y naciones que se sienten miembros de una familia. Hoy l'Estel es un árbol grande, con raíces profundas, tronco fuerte, grandes ramas donde muchos se pueden cobijar, con sus flores de alegría y sus frutos sazonados.

¡Esto es algo grande, motivo de felicidad y gratitud!

¿Y cómo ha sido esto?

Como un regalo

Desde el primer turno... los “iniciadores” no nos sentimos protagonistas, sino “afortunados”. Lola, María Teresa, Eduardo y Mary – el “equipo directivo-formativo” del primer turno de l'Estel – eran personas que habían hecho de su vida un don de sí mismos. En aquel primer turno, los sacerdotes, monitores y niños acampados, éramos los destinatarios del don, pues ellos no “dirigían” el campamento, “se entregaban” a nosotros. Y esto hacía mella. Dos ejemplos: no hubo charlas sobre el matrimonio, pero un monitor decía:... “si esto es el matrimonio, vale la pena casarse”; a la hora del desayuno, los acampados preguntaban cómo era tan buena la leche, mientras pedían que les sirvieran otro vaso. El amor, cuando lo hay, se transmite con ejemplo, con el servicio, a través del aire que respiramos y del alimento preparado en la cocina.

Tras el equipo dirigente estaba el Padre Soto, que había grabado en ellos la convicción de que el cristiano está llamado a dar mucho fruto, y les había pegado su amor al sacerdote. Hoy tenemos que tomar conciencia de que aquel regalo de 1968 llevaba preparándose desde 1910.

«La semilla germina y crece, sin que el hombre lo sepa»

En el libro-recuerdo de los 50 años leeréis que «l'Estel nació en 1968 con vocación de crecer». Y echando la vista atrás constatamos que, **sin darnos cuenta**, la semilla de 1968 fue creciendo, de noche y de día. **Sin darnos cuenta**, pero con fuerza. No pensábamos entonces cumplir 50 años, pero tampoco limitábamos nuestros sueños, ni dejábamos de tomar decisiones concretas que procurábamos traducir en obras. Y así l'Estel creció, los niños y niñas se convirtieron en hombres y mujeres felizmente conscientes de tener una misión: ser luz. Todo hombre honesto debe serlo. A sus seguidores, Jesús nos lo ha mandado: «vosotros sois la luz del mundo». Quien sigue a Jesús, luz del mundo, poco a poco, sin darse cuenta, se transforma en luz.

Recuerdo que el primer turno interparroquial – ya por el año 2000 – fue como una guerra: problemas, indisciplina, casos singulares, etc. y así durante algunos años. Había monitores y monitoras que decían: “este es mi turno... lo necesito... ahí se practican todas las virtudes”... (claro, en el campo de batalla se conoce quien es buen soldado). Ahora el interparroquial va fino, fino, como una seda. **Sin darnos cuenta**, la semilla ha crecido y dado fruto. Subiendo al Biciberri una niña comentaba: el año pasado no me gustaba nada, este año ya casi sé comer de todo... no me explico qué ha pasado, pero estoy tan contenta...

Que la celebración de los cincuenta años nos sirva para aprender que las grandes cosas se hacen así, con sencillez, como el desarrollo de la semilla y el crecimiento del árbol, poco a poco y con constancia, como la gota de agua que horada la piedra.

No olvidemos que el estilo normal de actuación del Espíritu Santo es semejante al rocío. Sin ruido, sin que se perciba caer ni una gota de agua, sin que la hierba se sienta golpeada, los prados de nuestro campamento amanecen bañados en rocío. Imitemos el estilo del Espíritu o, mejor, que él mismo sea nuestro estilo.

Y cuando toméis el libro que nos llevamos como recuerdo de esta celebración, fijaos en que no va firmado, porque todos vosotros, sin daros cuenta, lo habéis escrito. ¿Y cómo? Cumpliendo las consignas de cada día, el campamento va adelante, y el libro se escribe solo, **sin darse uno cuenta**. El libro recuerdo os gustará, pero el libro vivo de los 50 años es mucho más hermoso. Hay que seguir escribiéndolo, son muchas las páginas en blanco que hay que llenar en los próximos 50 años, son muchos los lectores que esperan leerlas.

«Cargar la nube y que el viento del Espíritu la lleve a fecundar los campos que él quiera»

Hay valores que l’Estel no puede perder, si quiere ser fiel a sus orígenes.

Hoy estamos aquí para recordarlos, valorarlos y reafirmarnos en ellos.

Ante todo, l’Estel no ha de perder de vista su finalidad, su objetivo: formar personas.

l’Estel fue obra de uno que no buscaba obras, sino personas, no pretendía hacer cosas grandes, sino formar personas. Tampoco pretendía “utilizar” las personas para determinadas misiones. Dios no nos utiliza, quiere nuestra autorrealización, nos ilumina para que encontremos el camino adecuado y nos da su fuerza para recorrerlo. l’Estel no busca más que la formación de los acampados: favorecer su crecimiento como personas, cultivar el estilo de apertura, disponibilidad, servicio y responsabilidad, para que cada cual pueda encontrar su camino en la vida. La meta educativa de l’Estel respecto a cada acampado es «cargar la nube y que el viento del Espíritu la lleve a fecundar los campos que él quiera».

A lo largo de estos cincuenta años se han oído frases como estas: “yo no aspiraba más que a una carrera técnica y ahora soy ingeniero superior... en la escuela era de los últimos de la clase, y ahora resulta que soy el único que ha sacado carrera... no sé cómo he podido conseguir esta beca...”; ahora veo que ha sido un regalo de l’Estel: aquella consigna del rendimiento máximo era como el envoltorio gris que no me gustaba, del regalo que sí me ha gustado: ver que soy capaz de más y que crecen mis deseos de poner lo que tengo y lo que soy al servicio de los demás.

Hoy llegan voces de muchas partes: estoy en Holanda... Suecia... Estados Unidos... Singapur... China... Inglaterra... Francia... Colombia... Ecuador... Venezuela... Chile... México... O estoy en mi pueblo, cultivando las tierras de mi padre, en el negocio de la familia, en el taller que he

abierto... En el Estel no me asignaron el puesto que ocupó en la vida, no me lo encargaron, no me compraron el billete para el viaje, ni me dijeron cuál sería mi misión en el futuro. Pero me enseñaron a tener un corazón sensible a la llamada de Dios y las necesidades de mis hermanos. Y constato que el camino se ha ido abriendo a medida que he ido avanzando. Unas veces encontraba la luz en la reflexión, otras me hablaba Dios a través de un amigo, de un buen resultado, de unas puertas que se cerraban y me obligaban a llamar a otras que finalmente se abrían; hasta la gran crisis de 2008 me ha servido para encontrar mi camino, y ahora veo que estoy en el surco adecuado, satisfecho con lo que hago.

Es hermoso constatar que el viento del Espíritu no deja de soplar en el mundo. Y que no deja de guiar con tino y empujar con fuerza a los que despliegan las velas y se dejan conducir por él. Es una sorpresa maravillosa coger un mapamundi y señalar una y otra nación y decir: aquí hay uno de l'Estel que trabaja, estudia, sirve a la sociedad, es miembro vivo de la Iglesia, es una pequeña luz. ¿Quién ha traído y llevado estas personas a estas naciones? ¿L'Estel? No. Es el Espíritu quien lleva y trae.

Formar personas, una meta formativa que l'Estel recibió en herencia y no quiere olvidar. Los padres en la familia, los sacerdotes en las parroquias, los profesores en la escuela o la universidad, los médicos en la consulta, los empresarios, encargados, capataces, jefes de oficina, todos: nunca utilicemos a las personas, no nos sirvamos de ellas, no las supeditemos a nuestros planes; busquemos siempre su bien, su crecimiento, y dejemos a Dios que señale a cada uno su camino y le dé fuerza para seguirlo hasta el fin.

Una nube cargada de agua, fecunda la tierra que recibe su lluvia. Una persona con valores, adonde llegue hará bien. Si no lo olvidamos, nos irá bien.

El tiempo

Es un valor que salta a la vista en una celebración de bodas de oro. ¡Han pasado 50 años! ¡Uno tras otro, sin huecos, sin saltarse ni uno solo! ¡Y en orden, sin adelantarse un año al otro! Y así el 2018 ha estado esperando con paciencia desde el 1968.

Y con el paso de los años, se escuchan en el Estel diálogos como este: “¡Hola, pero si eres tú, qué alegría verte convertido en todo un jefe de campamento! – Pues sí, aquí estoy, yo que tanta guerra te di cuando eras mi monitor y, con todo, no conseguí agotar tu paciencia”. ¿Cómo se ha obrado la transformación? ¿qué ha pasado? Simplemente, ha pasado tiempo, años, en que los monitores han tenido paciencia y el niño ha ido digiriendo las palabras de ánimo o correcciones de sus monitores, sus permisos o negativas. Dar tiempo, saber esperar, al tiempo...

Dar tiempo, plazos, y saber esperar. En el campamento se repite con frecuencia la escena de aquel hijo que se planta con un ¡NO! a una orden de su padre, pero luego recapacita y al final obedece: “¿Ahora servicios? No tengo ganas... no quiero... bueno... vamos...” – y el que protestaba acaba siendo el que mejor lo hace. A veces no es un acto, sino una actitud habitual de laxitud, pereza, rebeldía, que el muchacho o muchacha no acaba de dejar, y eso pide dar más tiempo, un tiempo que el educador debe llenar de confianza en aquel chico o chica, especialmente si están en la adolescencia. Con la parábola del hijo pródigo Jesús nos ha enseñado que el tiempo de espera puede ser muy largo... y que, al final, vence el Padre que ha sabido esperar sin dejar de amar. No pocos acampados hoy son padres y madres modelos en el arte de confiar y esperar en sus hijos. Les han dado a sus hijos un cheque en blanco de horas,

meses y años, y sus hijos saben que sus padres nunca dejarán de confiar en ellos. Estos hijos son ricos de verdad, y un día llenarán de alegría a sus padres.

En fin, la vida – biológica o moral – no crece a tirones ni empujones. Las virtudes crecen lentamente, y los defectos no se corrigen en un santiamén. En el cincuentenario de l'Estel, tomemos conciencia de que el tiempo es un gran valor. El tiempo lleno, claro, de constancia en obrar el bien, de paciencia ante los defectos de los demás, de silencio y oración, de confianza en Dios, en las personas e incluso en nosotros mismos, como educadores.

Memoria

Recordar es un valor precioso. Nos mantiene despiertos y conscientes. Para un cristiano es un mandato específico del Señor. La misa es un “memorial”: «haced esto en conmemoración mía». Celebramos la eucaristía para recordar hasta qué punto nos ha amado Dios y hasta donde tiene que llegar nuestro amor a los demás. Si esto no se nos va de la memoria, nos sentiremos amados y nos resultará más fácil amar.

El memorial eucarístico es privilegiado – porque es memoria viva, que hace actual y operante lo que recordamos – y extensivo. Nos invita a recordar todos aquellos hechos, situaciones y personas que nos han hecho bien. Del recuerdo fluye el agradecimiento y el compromiso, que se renueva con cada recuerdo. Por esto hoy, para nosotros recordar tiene un significado especial. Un monitor recuerda el inesperado abrazo con que al final del turno se despidió el más tremendillo de la patrulla, y espontáneamente renueva el compromiso de seguir entregándose a todos, sin distinción. Quizás esté aquí ese tremendillo, quizás no recuerde este abrazo y en cambio recuerde que su monitor les despertaba siempre con rostro sonriente. Muchos monitores comentáis que os maravilla ver como los niños o adolescentes confían en vosotros. Esos niños y adolescentes necesitan un referente, muchos lo han encontrado en sus monitores/ras. Alguno dirá: así me pasó a mí. Recordar el día que puse en orden mi conciencia, el día que por fin dije: ya vale, me pongo las pilas y comienzo a estudiar de verdad. El día que descubrí el valor de la confesión. Cuantos pequeños y grandes regalos hemos recibido a lo largo de estos 50 años.

La memoria permite ver en perspectiva y proporción lo que un día vivimos como impacto difícilmente mensurable. El anuncio de que la ENHER necesitaba el aserradero representó un susto; ahora vemos que fue un empujón, sin el cual no se hubiera tomado la decisión de construir el edificio que nos alberga. No había motivo, pues, para quejarse, sino para estar agradecidos.

La memoria de nuestros propios errores y fallos lleva consigo el recuerdo de la comprensión que hemos encontrado, de la lección que hemos aprendido, del reciclaje de la reparación. Y el conjunto final es algo realmente bello: «a poder de caídas» hemos aprendido a andar con paso humilde pero seguro y confiado.

Recordar, agradecer, responder. Si la memoria se mantiene viva, el agradecimiento y la respuesta a tanta gratitud están asegurados. Que no nos pille el Alzheimer espiritual. Que la memoria de los cincuenta años nos proyecte hacia los cincuenta que ya hemos empezado.

Olvido

Suena a paradoja, pero la memoria de que hemos hablado conlleva un olvido. Van Thuan decía que uno de los defectos que más le gustaba de Dios era su mala memoria, consciente y voluntaria, según aquellas palabras: «**no me acordaré más** de tus pecados». Jesús parece que con la crucifixión y resurrección también perdió la memoria. Parece que se olvidó totalmente

de lo que le habían hecho Anás y Caifás, Pilato, la muchedumbre que le desafiaba a que se bajara de la cruz. Tenía razones suficientes para pedirles cuentas. Ni lo hace él ni manda a sus apóstoles a reprocharles su injusticia, ni a reclamar algún tipo de indemnización o, al menos, la anulación póstuma de la sentencia. Jesús está tan atento al cultivo y formación de sus apóstoles que se olvida de quienes le hicieron daño.

La mujer, cuando ha dado a luz, había dicho también Jesús, se olvida de los dolores del parto, porque ha traído una nueva vida al mundo.

Cuando vamos tomando conciencia de que todo lo ordena Dios para nuestro bien, que en la alquimia del amor y la humildad todo se convierte en bien, se comprende el valor inmenso del olvido. En la fundición de metales tengo entendido que se separa el metal, supongamos el oro, y queda la escoria. Es el oro lo que hay que conservar, no la escoria. Memoria para no perder ni un grano de oro, olvido para desprendernos de la escoria.

Todos en el Estel hemos cometido errores. Nuestras decisiones no han sido siempre correctas. A veces lo hemos pagado solo nosotros, otras veces han tenido que sufrir otras personas. Cuando hemos sabido pedir perdón y perdonar, aquel episodio nos ha hecho crecer en humildad, nos ha unido más. Quedémonos con el final feliz, no revolvamos nuestros fallos o los de las otras personas, y sigamos adelante.

Tendríamos que hacernos como dos niños de l'Estel, del Matí concretamente. Uno, gordito y bajito, de esos que vistos de lejos no se sabe si corren o ruedan, le había hecho alguna trastada a otro durante la excursión a Aigüestortes. En el camino de regreso, el ofensor se acercaba al ofendido para pedirle perdón, pero el horno no estaba para bollos y el ofendido le mandaba a paseo con un gesto despectivo. El otro retrocedía unos pasos, esperaba unos minutos y volvía a la carga, con el mismo resultado. Así unas cuantas veces, hasta que al final se obró el milagro, el sí del perdón... y del olvido. Es hermoso ver con qué facilidad olvidan los niños. Si algo recuerdan es que se han perdonado. Esos niños del Matí se parecen a Dios Padre y a Jesús, tan desmemoriados para recordar nuestros pecados.

Dios no se encalla en su marcha de amor, todos los obstáculos que le ponemos no logran frenar su paso, y con tanta fuerza camina que nos arrastra finalmente en su caminar, para que seamos magnánimos con los demás y con nosotros mismos.

En la vida encontraremos muchas personas señaladas con el dedo por los demás. Esperan encontrarse finalmente con alguien que sepa pasar por alto el mal que han hecho y sepan ver y valorar el poco o quizás poquísimo bien llevado a cabo y el mucho que podrán hacer si alguien confía en ellos.

Cuantas obras se hunden y cuantas personas se enfrentan irremediabilmente por no saber olvidar. A veces pequeñas ofensas que, con el recuerdo, se convierten en montañas que aplastan la existencia. Debemos mantenernos en el ritmo divino de memoria y olvido si queremos que l'Estel siga el camino que ha llevado hasta ahora.

Contagio

Durante el período de inscripción, los responsables reciben llamadas como estas: “¿l'Estel?... mire, soy de tal pueblo, es que un primo de mi hijo le ha invitado al campamento, y quisiera información...”; o bien: “mi hijo ya es el tercer año, pero ahora quiere ir con tres más de su clase... ¿quedan plazas?” El contagio ha sido un factor importante para el crecimiento de l'Estel. Es un valor que no debemos perder. Es el estilo más sencillo y humano de propagarse el

bien, la forma más humilde y eficaz de hacer grandes cosas. La Iglesia creció así: a donde iba un cristiano, luego se formaba un pequeño grupo, y los que se rozaban con ellos veían que eran buena gente, que se estaba bien con ellos, y se apuntaban al club. El Papa Francisco se ha referido a este contagio benéfico con otras palabras, al decirnos que «la Iglesia crece por atracción, no por imposición».

A veces este contagio es como en las carambolas del billar. La bola da bandazos que parecen sin sentido, pero al final da en la otra bola y... ¡carambola! Le pregunté al P. Andry cómo fue que vino a España y a l'Estel: “muy sencillo... yo estudiaba en Roma y allí tenía un amigo sacerdote de Ecuador... este tenía amigos venezolanos y mejicanos y me los presentó... a través de ellos conocí al P. Sebastián, y luego con el P. Sebastian llegué a conocer a los mosenes del campamento... y así llegué a Senet, y luego siguió la historia, que ya conocéis... y aquí estoy hoy con vosotros”. [verificar# o cambiar de ejemplo]

Es normal que el fuego caliente y que la planta olorosa despida su fragancia, como lo es que el que tiene frío busque el calor del fuego, y que al oler el perfume busquemos la planta que lo difunde. Pero nadie acerca sus manos a una pintura del incendio de Roma para calentarse ni se pone a oler unas hermosas flores pintadas, por famoso que sea el artista.

El contagio supone autenticidad. Muchos han venido a l'Estel porque se está bien. Ahora toca vivir con autenticidad sus valores. Son los valores los que hay que contagiar, no el campamento.

¿Cómo serán los próximos 50 años de l'Estel?

Ser fieles al nombre de nuestro campamento

Pensemos en el simbólico nombre de nuestro campamento. En las noches de agosto, el cielo aparece – cuando está despejado – como un gran escenario en que las estrellas parecen apretujarse para hacerse sitio en él. Nosotros las vemos como puntos luminosos pequeñísimos, cuando en realidad pequeñita es la tierra e inmensas cada una de las estrellas. Y cada una con su propio campo gravitacional, cada una distinta pero vinculada a las demás por fuerzas y leyes de la naturaleza solo parcialmente conocidas por los astrofísicos.

Este firmamento es nada en comparación del universo de las personas, en que el Creador verdaderamente se recrea. En el universo de la humanidad, cada persona es una estrella, un “estel”. A nuestros propios ojos parecemos pequeños... y lo somos. Y sin embargo, a los ojos de Dios, cada uno tiene un valor superior al universo entero. Y un campo gravitacional que alcanza a toda persona en el mundo y a Dios mismo. Él se deja atraer y cautivar por nuestra pequeñez. De modo que en cada corazón cabe la humanidad entera – y Dios mismo –, cada persona es un centro receptor y emisor del amor que une el universo.

Mirándonos a través del Hijo, Dios dice a cada uno “tú eres mi hijo” y en cada corazón reverbera un eco – “hermano” – que se proyecta hasta el infinito en todas las direcciones. Vivir conscientemente esta realidad transforma la vida sencilla, simple, humilde, concreta y limitada de cada día.

Habremos comprendido qué significa ser un “estel” si nunca miramos a nadie por encima de los hombros, si cuando nos encontramos con alguien por primera vez la primera vibración de nuestro corazón es una mirada y una voz que dice sin palabras: “hermano”. Y si luego, consecuentemente, no clasificamos a nadie como simpático o antipático, y tratamos a todos con respeto y amor, y sabemos servir de todo corazón. Un joven cualificado es nombrado

responsable de una oficina, departamento o negociado donde hay gente mayor que él, y dirige pidiendo por favor las cosas, aconseja escuchando, corrige esperando la opinión del otro, se congratula con el éxito que ha logrado el departamento gracias a ellos; este joven que hace que cada uno en la oficina o centro de trabajo se sienta imprescindible para los demás y a la vez centro de la atención de todos los demás, está siendo un estel.

La familia es la realización concreta del universo interpersonal soñado por Dios. O al revés, la relación entre personas humanas en los amplios niveles, el universo de personas más arriba descrito, está calcado sobre el modelo de la familia. Cuando los esposos son un estel el uno para el otro y se atraen mutuamente con el propio campo gravitacional del amor, la familia se convierte en un pequeño universo de amor. ¡Qué bien se está en él! Algunos contabais que los hijos de los vecinos de la escalera os pedían estar un rato en vuestra casa; al preguntarles por qué, miraban, se encogían de hombros y preguntaban: “¿no me dejas?”. Cuanto más frío reina en algunas familias, más atraerá el calor de la vuestra. Cada persona, un estel, una estrella, cada familia una constelación, un firmamento que irradia amor como el sol irradia luz y calor.

“L’Estel nació pequeñito, pequeñito”, como l’Albada i el Matí. Pero ya es “Estelada”, es firmamento, muchas pequeñas estrellas se han esparcido por el mapamundi. Y cada uno tiene que ser un “Estel Errant”, un cometa que viaja, brilla, atrae, conduce y arrastra a muchos a metas plenamente humanas.

Un ideal para toda la vida, un pasito cada día

La segunda consigna recogida en el librito del aniversario nos dice cómo podemos contribuir a que nuestro mundo sea un mundo de personas, en el que nadie sea considerado un número o tratado como una cosa, un espacio de convivencia y no de indiferencia, odio o división. «Un gran ideal para toda la vida, un pasito para cada día», dice la consigna. Al Papa Francisco le gusta repetir un lema aplicado a san Ignacio que dice lo mismo, pero mejor, aunque en latín: «Non coerkeri maximo, containeri tamen a minimo, divinum est». Traducido libremente significa: no ser pusilánimes, no poner límites a las aspiraciones, deseos, proyectos y sueños de metas grandes y elevadas; pero reconocer con sabiduría los propios límites, valorar lo poco que podemos hacer, no dejar de hacer el bien que está a nuestro alcance, pensando que no servirá para nada. Actuar así, termina la máxima, es divino, es el estilo de Dios.

Hoy que, agradecidos por los 50 años transcurridos, empezamos a soñar en los próximos cincuenta, hagamos nuestro el estilo de Dios. Sin dejar de soñar en metas altas, caminemos paso a paso. Ya tenemos pruebas de que funciona. Cada año el campamento ha dado un pasito adelante, de un año al otro el progreso resulta imperceptible, pero después de 50 años, hoy todos pensamos: “quien nos iba a decir en 1968 que el 2018 tendríamos una celebración tan feliz”; y cada uno tiene, sin duda, su propio “quien me iba a decir...: que llegaría a disfrutar con el estudio y trabajo, que tanto me costaban... que hoy tendría una familia que me hace feliz... que hubiera podido superar tal dificultad... mi manera de ser... que me adaptaría tan bien al trabajo...”

El Evangelio está lleno de cosas pequeñas. Recordemos la página en que se nos cuenta que Jesús, ya resucitado, espera a la orilla del lago a sus discípulos y les asa un pescado para desayunar: ¿qué importa esto para nuestra salvación? Y la conversión de la Samaritana; todo comienza con que Jesús estaba cansado y tenía sed. Y el detalle de que Jesús dormía en la barca mientras los apóstoles bregaban. Otra página nos presenta a Jesús casi como un mirón curioso que observa quién da más al tesoro del templo, hasta que lo descubre: «ésta – una viuda pobre – es la que ha dado más – dos céntimos de euro –, todo lo que tenía”.

A ver si el Señor, mirándonos, puede decir de cada uno: «este... y este... y este...» son los que han dado más. Esas moneditas son las cuatro consignas. Está en nuestras manos cumplirlas.

Y no olvidemos, los viejos tenemos que pasar delante con el ejemplo. Los de l'Estel 68 debemos ser ejemplo para los de l'Estel 18. Durante los próximos 50 años, l'Estel seguirá brillando si los de hoy pueden mirar a los de ayer y decir: sí, por ahí, por ahí he de ir, por donde me lleva este monitor, este matrimonio, este anciano.

Todas las grandes catedrales góticas se construyeron colocando una piedra después de otra. Pero miles y miles de pequeños golpes de maceta y punzón fueron necesarios para preparar una sola de las miles y miles de piedras de la catedral. Si el primer cantero, a la hora de dar el primer golpe, hubiera considerado inútil un esfuerzo tan pequeño para una obra tan grande, nunca habiéramos tenido la catedral.

Como nos ha dicho el Papa Francisco, no limitar las aspiraciones y a la vez contenerse y contentarse con lo que poco que podamos hacer, es la manera humana de imitar el estilo de Dios. Este ha de ser el programa y estilo de l'Estel para los próximos 50 años.

Otras dos consignas: [el faro no ve, pero le ven; deja de maldecir las tinieblas y enciende una luz, una cerilla al menos \(consignas 19 y 48\)](#)

Hoy todo tiene que ser deslumbrante para que se considere que valga la pena. Luces, bullicio, ruido hasta el aturdimiento. Y sin embargo, en medio de tantas luces, muchos jóvenes se encuentran a oscuras, en medio de una multitud se sienten solos, en medio de tanto ruido no hay un oído que les escuche, ni escuchan una palabra que les oriente.

Qué distinto es el faro solitario, en la costa, frente al mar, en noche cerrada. Solo el rumor de las olas se oye, mientras su luz destella en una y otra dirección. Desde el faro nada se ve. Diríamos que el faro no ve nada. Pero le ven, y de muy lejos, y el barco que lo divisa ya no se pierde.

“Se buscan” personas que acepten ser faros solitarios y no luz de ciudad, de anuncios deslumbrantes. Que no se cansen de ser luz aunque ellos no vean a los que se benefician de su luz, ni reciban su agradecimiento.

Y cuando no se puede ser un gran faro, ser una pequeña linterna. Ser luz, ser luz. Hay personas que maldicen las tinieblas y no piensan que ellos mismos podrían ser una pequeña luz.

Había un señor, un trabajador sencillo, que tenía un sueño: ser una persona en que los demás pudieran confiar. Lo consiguió, y de una manera muy sencilla: siendo horado, fiel a la palabra dada, escuchando a los demás contar sus problemas y tratando de no cargar a nadie con las propias preocupaciones. Procuraba tener palabras de comprensión, ánimo, esperanza.

Otro, taxista, se desafió a sí mismo: “a ver si consigo que toda persona que suba nerviosa a mi taxi – es lo normal, pues es que perdió el tren, o tiene miedo de llegar tarde al aeropuerto, o al hospital, o... –, baje con tranquilidad”. Empezaba interesándose por los clientes, luego les facilitaba que se desahogaran y al final casi siempre podía decirles alguna palabra de consuelo o ánimo: “tiene prisa, ¿verdad?, no se preocupe, vamos a llegar... parece preocupada, ¿tiene algún familiar enfermo... grave...? Ah, eso es duro, procure animarse Ud., para poder animar al enfermo... mire, ya hemos llegado... ya verá que le irá bien... yo pensaré en Ud. y en su marido”. Muchos le daban propina, pero él se la había dado antes con su trato afable, y cuando llegaba a la noche y comprobaba que había conseguido serenar a todos los clientes, tenía la convicción de haber ganado dos salarios.

Es fácil ser luz, es fácil ser una persona en quien todos puedan confiar. Basta tomar en serio la propia superación, las consignas, cuya síntesis es amar, responder amando a cualquier persona, hecho o circunstancia, por adversa que sea.

Y por último, alegría, esperanza: el mal no tiene la última palabra.

El campamento proporciona muchas experiencias de alegría duradera, de hoja perenne, como dice una consigna. Las cimas conquistadas con esfuerzo, una medalla lograda con entrenamiento duro, un perdón dado o recibido que no ha resultado fácil, un servicio desinteresado y costoso. El mal rato del esfuerzo, sacrificio, humillación o cansancio no dura más que eso, un rato. Pero la alegría final deja un poso que dura siempre y que se incrementa con cada nuevo logro. Esta alegría es una fruta que a todos agrada, todos se acercan al árbol que la da. La persona que la tiene hace bien a muchos.

También la comodidad, la vanidad y el dinero dan alegría, pero dura poco. Al menor contratiempo se transforma en malhumor. Esta alegría es una fruta envenenada. Atrae, engaña, debilita y mata. Por esto hay tanta gente que está de vuelta de todo, que han tirado la toalla, que viven encerrados en una tristeza de la que no pueden salir. La tristeza es una de las miserias más graves de nuestro tiempo; por esto repartir alegría es una obra de misericordia urgente y necesaria.

Sin palabras, la alegría proclama muy alto que el mal no tiene la última palabra, que nadie será derrotado del todo, que no hay razón para quedar sumidos para siempre en la tristeza.

Si cada uno de los que pasan por l'Estel fuese un sembrador de alegría... y ¿por qué no? Es un programa para los próximos 50 años. Anunciar a todos, con el testimonio de la alegría, que amar da felicidad, que basta amar para ser feliz, y que la felicidad no se consigue de ninguna otra manera. Amar, aunque alguna vez duela, hace feliz. Hay que predicar este sermón con el testimonio, pues sólo con palabras no se entiende.

Cada persona, cada familia, un oasis de alegría y felicidad.

Conclusión

Hemos empezado estas reflexiones recordando: «El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres». Las cerramos con las palabras de otro salmo: “Gustad y ved qué bueno es el Señor”.

Hemos saboreado la bondad del Señor. Que otros puedan tener la misma experiencia.